

Danzar con la muerte

DICE la definición canónica de «ensayo literario» que se trata de una obra en prosa, generalmente breve, consistente en una serie de reflexiones sobre un determinado tema, sin pretensiones sistemáticas y a menudo sin aparato bibliográfico. Este nuevo libro de Miguel Ángel Ortiz Albero, *La danza de la muerte*, ofrece un subtítulo que indica con bastante precisión sus intenciones: *Bailar lo macabro en la escena, la literatura y el arte contemporáneos*. No es Ortiz Albero un autor fácil de clasificar, ni falta que le hace. En *La herida es el comienzo* nos ofreció

noventa y nueve textos breves que recogían impresiones, sugerencias, visiones, anotaciones varias a partir de cuadros de Edward Hopper. *Un día me esperaba a mí mismo* atesoraba ciento sesenta y ocho breves capítulos de índole novelística sobre un Guillaume Apollinaire muy cercano al final, paseante entre el amor y la muerte, en el marco de la Gran Guerra, personaje real teñido de literatura a medio camino entre la poesía y la pintura de la realidad más terrible que el ser humano es capaz (y culpable) de crear. La narrativa de este autor zaragozano se mueve pues

siempre en un terreno zigzagueante entre la novela, el relato breve, el ensayo, y, sobre todo, la prosa poética. En el caso de esta nueva entrega la amalgama alcanza una complejidad, un entramado reflexivo, lírico, conceptual, que hace que las fronteras de género se borren mejor y más positivamente aún que en los casos anteriores.

Ortiz Albero acostumbra exponer que le gusta, sobre todo, pasear y observar los gestos de la gente a su alrededor, para tomar notas de palabras y de trazos. Es el mismo deambular creativo que le ha conducido a manifestarse como artista plástico, como poeta, como dramaturgo, como narrador. Trabajar y errar son términos, en su caso, casi sinónimos: cuando menos ilustran perfectamente su concepción del artista. En uno de los casi cincuenta textos que forman este nuevo libro hace suyas las aseveraciones que, al respecto, manifestaran Jules Renard, Robert Walser, Walter Benjamín, Charles Baudelaire, Vladímir Mayakovski o Peter Handke. Pero también la Muerte camina, y lo hace siempre acompañándonos, cruzándose en nuestro camino, guiándonos de modo inexorable hacia el mismo final, imposible de eludir, «un tenebroso e irremisible camino hacia la tierra, hacia el hoyo» (p. 71). Y es que la Muerte nos enseña que, como apuntó Emil M. Cioran, hay que moverse sin tregua «para engañar a la melancolía, para evitar que ésta se despierte, si es que alguna vez se adormece, en el momento en el que, ojalá no, nos detenemos» (p. 73).

Pero no sólo de caminar se trata. Ese deambular se asemeja, es también, la danza. A menudo se ha representado a la Muerte como una mujer que danza, un esqueleto sonriente, incitante, que nos invita a que nosotros también lo hagamos en torno suyo, o a su lado, y lo hace sin distinción alguna, pues es su modo más nítido de igualarnos. Bailamos esa danza sin poder escapar a ella. Inciertos son el escenario y la hora: «Corremos hacia la muerte a lo largo de un plano cada vez más inclinado» (p. 40). La Muerte, entretanto, danza y nos seduce para que lo hagamos con ella, y así cumplimos, porque en realidad no es su certeza la que nos atemoriza, sino la espera, y las formas de la danza nos ayudan a sobrellevarla. Bailando por no morir, por actuar en vida, en cierto modo, acabamos danzando con la Muerte hasta ella.

El recorrido de Ortiz Albero es, sobre todo, por la danza moderna y su relación con determinadas manifestaciones teatrales. Entre los epígrafes que este libro recoge, destaca en tal sentido uno de Isadora Duncan: «Yo creo en la religión de la belleza del pie humano» (p. 99). En la raíz de la palabra «danza» aparece la idea de «tensión» como excitación, esfuerzo, lucha latente, impaciencia. Si vivir es danzar, y danzar con la Muerte, las expresiones artísticas de la danza son la mejor muestra de nuestro paso, acaso resignado, pero nunca inactivo, detenido, por la vida. Así, «cargamos con nosotros mismos, bailamos con nosotros mismos. La Muerte tiene nuestro mismo rostro. Bailamos con ella» (p. 146). El corro del que cada

uno forma parte no tiene nunca final, no lo conocemos. Nos lleva hacia la oscuridad, como Ingmar Bergman ha mostrado en «El séptimo sello»; todos se dan, nos damos, la mano para bailar la farándula: «La lluvia cae sobre sus rostros, lavando la sal de las lágrimas de sus mejillas... Lo demás es silencio» (p. 195).

La danza de la muerte es un libro muy rico en referencias literarias, al mundo del teatro y de la danza, al del arte de la representación: grabados, pinturas, decorados... Editado con verdadero primor y cuidado, viene acompañado por una selección de imágenes con breves comentarios del autor, una amplia bibliografía y un índice onomástico muy útil pues hay nombres que reaparecen, a veces brevemente, en capítulos sucesivos. En la mayoría de los textos es la voz del propio autor la que nos acompaña o nos lleva de la mano –y de la mano de la Muerte– por un mundo de representaciones y de lecturas, de reflexiones cargadas de sorpresa, de fascinación y de lirismo. Se intercalan también diez «intermedios», más breves, en los que es la voz de la Muerte la que se dirige a

autores, artistas, músicos o bailarines que han interferido en su esencia o la han recreado cada uno a su modo: György Ligeti, Tadeusz Kantor, Ingmar Bergman, Kart Joos, Mary Wigman o Pina Bausch, entre otros. En uno de ellos, en el que la voz se dirige a Roland Petit y Jean Cocteau, la Muerte, con la apariencia de una muchacha joven y elegante, vestida de amarillo Gradiva, con vestido corto y guantes negros, se dirige hacia un joven artista, insinuante y cariñosa, antes de inducirlo al suicidio en cuanto lo deja solo. De regreso, ya con su verdadero rostro, ambos marchan en cortejo, definitivamente unidos, por los tejados de París. La Muerte concluye: «He hablado, decís, todas las lenguas esta noche y he suprimido todas las barreras. Me habéis otorgado gestos y ademanes que han puesto de relieve el silencio de mis palabras y mis gritos» (p. 98). –JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN.

Miguel Ángel Ortiz Albero, *La danza de la muerte. Bailar lo macabro en la escena, la literatura y el arte contemporáneos*, Madrid, Fórcola Ediciones, 2015.